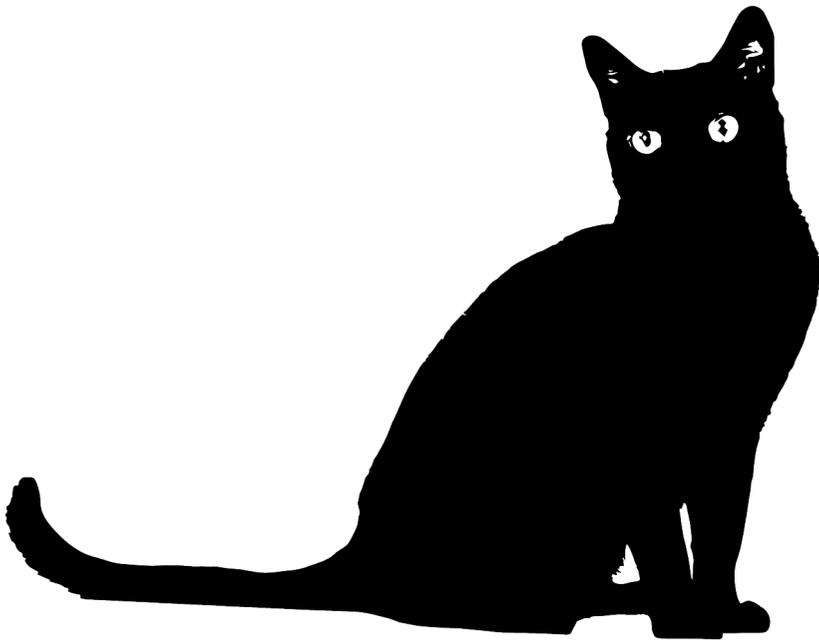

El gato

ANTONIO CIFUENTES FRÍAS



El gato

ANTONIO CIFUENTES FRÍAS

Marcelo no leía el periódico. Lo tenía desplegado casi rozando su pipa pero por encima de las páginas miraba a Renata, su mujer. Ella estaba sentada en la terraza y cuando movía un poco el cuello, a veces después de haber dado una larga calada a su purito, él carraspeaba y se escondía tras el periódico y carraspeaba otra vez. En una de esas ocasiones, la oyó decir:

—Te dije que llamaras a la residencia.

Renata tenía a Chufy en el regazo. Miraba las nubes del fondo, fumaba y, con la mano libre, acariciaba al gato.

—Tu tacañería, como siempre,



nos hace perder el tiempo. Ya podríamos estar de camino a París.

—El avión no sale hasta las tres —dijo Marcelo.

Renata emitió un gruñido y exhaló una bocanada de humo.

—Quería saludar a Angelines y mirar unos regalos en el *dutifri* para nuestra nieta y la *otra*.

—La *otra* —dijo él— es tu nuera.

Renata sostenía el purito con los labios estirados. Agarró a Chufy por las axilas y lo elevó por encima de su sombrero. A Marcelo le sorprendía que su mujer pudiera hacer aquello; el gato pesaba más de ocho kilos. Para otras cosas se quejaba continuamente: me duele el hombro, la pierna, esto, lo otro, estoy fatal, tengo la espalda torcida, los riñones me están matando, pero luego podía pasarse una hora arrodillada lanzándole la pelotita al gato.

Chufy alargó una pata intentando alcanzar una pluma que ador-

naba el sombrero de Renata.

–¡Ay, mi gatito precioso! –dijo Renata.

–Le estás atufando.

–¿Qué?

–Le provocarás un cáncer.

–¡Cállate!

–La culpa no será mía...

–¿Qué?

–Nada.

Marcelo se ocultó tras el periódico, pero en realidad no lo leía: miraba el reloj de pared y, de vez en cuando, a su mujer.

Renata abrazó al gato y, con el purito ladeado, le dio un beso en la frente. El gato bufó.

–Le has churruscado el pelo –dijo Marcelo.

–¡Déjame! Tú quieres abandonarle.

Marcelo se escondió un poco más tras su periódico.

–Llevárnoslo nos costaba ochocientos euros.

–¿Te vas a portar bien? ¿A que sí? ¿A que me quieres mucho? ¿A que quieres mucho a mamá?

Ponía esa voz que a Marcelo le sacaba de quicio. A él siempre le chillaba, le hablaba de malas maneras, abriendo los ojos como una loca, estirando el cuello como una tortuga a punto de morder con su pico afilado; para el gato eran todo carantoñas.

–Si supiera que le has cortado los huevos... –dijo Marcelo.

–¿Qué?

Marcelo dobló el periódico y lo



sostuvo con ambas manos.

–Digo que no soy tacaño. Siempre estás igual.

–No me hables así.

–Las cosas van bien en la joyería –dijo él–, pero no podemos malgastar el dinero de cualquier manera. El viaje a París nos cuesta seis mil euros. –Dobló una vez más el periódico, formando un cuadrado, y lo dejó sobre la mesa baja. Se quedó en esa postura, con el cuerpo inclinado hacia delante y la mano apoyada en el borde de la mesa. Dijo, como para sí–: No sé si alguna vez podré jubilarme. Tengo sesenta y dos años y me duele todo. A veces me dan ganas de vender la tienda.

–Siempre estás con lo mismo.

Marcelo se reincorporó y cruzó las piernas.

–Que no, mujer.



Ella cogió su purito y tiró la ceniza a la calle, a través de los barrotes del balcón. El gato intentó escaparse, pero ella lo retuvo en su falda.

–Gastarnos el dinero en llevarnos a Chufy no es malgastarlo, ¿me oyes? ¿Has oído lo que te ha dicho papá? Es un malote. Arañale. Araña al malote de papa en la cara, Chufy.

Renata le tomó de una de las patas delanteras y la movió como si el gato le estuviera arañando desde la distancia. Tenía los ojos llorosos y entrecerrados a causa del humo, los bigotes y las orejas hacia abajo.

–Me lo pidió Eloy –dijo Marcelo.

–¿Qué?

–¡El hijo de Eloy!

–¡No me grites! –gritó Renata.

–No te grito.

–¿Qué te pasa?

Marcelo carraspeó.

–Estoy nervioso por lo del avión...

–¿Te has tomado las pastillas?

–Me las tomaré cuando suba.

–¿Qué pasa con Eloy?

Marcelo se pasó la punta de la lengua por entre los dientes y suspiró.

–Con su hijo. Te he dicho que con su hijo.

–¿Qué?

Renata acariciaba otra vez al gato y estrujaba su cola y daba caladas largas y pausadas al purito mirando indiferente las nubes sobre el mar encrespado.

–Me dijo que está en paro

desde hace tres años. Estudió biología y ahora está preparando las oposiciones.

–Y a mí qué.

–Me dijo que lo haría bien –dijo Marcelo–. Le he visto alguna vez por la tienda y me parece responsable. Nos va a cobrar sólo cuatrocientos euros por todo el mes.

–¿Por venir a darle un poco de comida, agua y recogerle las cacas?

–A mí no me parece mucho.

–Tú dirás...

Marcelo no pudo evitar inclinarse otro poco y alzar la voz.

–En el refugio del *gatito* nos cobran novecientos por todo el mes.

–Pero es distinto.

Marcelo dejó caer la espalda en el sofá.

–¿Distinto?

–Iba a estar con otros amiguitos, le iban a dar masajes y a bañarlo con espumita. ¿A que sí, Chufy? –Renata tomó la cara del gato y le masajéo las orejas con los pulgares–. ¡Gatito bonito! ¡Gatito precioso!

La ceniza del purito cayó encima de la nariz de Chufy y éste bufó. Lanzó un arañazo al aire y corrió al interior de la casa.

Renata se levantó y dio varias caladas a su purito. Luego lo lanzó a la calle y se frotó las manos. Marcelo la miraba mientras chupaba de la pipa y se tocaba la barba. Parada delante del cristal, ella se sacudió el pantalón lleno de pelos y, justo cuando entraba, sonó el timbre.



–Será el hijo de Eloy –dijo Marcelo.

–Será.

–¿Vas a abrir?

–Abre tú –dijo Renata–. Yo voy a retocarme el pelo.

Marcelo se levantó apoyándose en el respaldo y caminó renqueando hasta el telefonillo. Cuando Renata apareció, olía a perfume y a laca de tal manera que Marcelo casi no podía respirar. El hijo de Eloy estaba de pie frente a la mesa grande de caoba.

–Me contaba que dentro de dos meses tendrá los exámenes –dijo Marcelo.

Renata se había parado junto a la puerta y hacía el amago de coger una de las maletas, la más pequeña.

–¿Nos vamos?

–Todavía no le he explicado todo.

–Pues vamos a llegar tarde.

–El avión no sale hasta las tres –le dijo Marcelo al hijo de Eloy.

–Bueno, pues yo se lo explico –dijo Renata.

Renata apoyó una mano en el hombro del hijo de Eloy y le hizo volverse.

–Mira –dijo, y levantó un dedo–, el arenero de Chufy está en el baño de invitados. Es la segunda puerta del pasillo a la derecha. Tienes que quitarle las *caquitas* todos los días. Normalmente hace popó a mediodía y no me gusta que la casa se llene de olor, así que ven sobre las once.

–Vale –dijo el hijo de Eloy.

–Tengo unas toallitas en el lavabo para que le limpies.

–¿El qué? –preguntó el hijo de Eloy.

–¿No se lo has explicado?

Marcelo se había sentado con las piernas cruzadas. Limpiaba la pipa con un pañuelo y llevaba puestas las gafas de ver.

–Explícaselo tú.

Renata le miró con los ojos desorbitados y las fosas nasales muy abiertas, el ceño fruncido, la mandíbula torcida, y Marcelo levantó una ceja y empezó a desenroscar la boquilla de la pipa.

Renata se volvió al hijo de Eloy.

–A Chufy no le gusta lamerse *ahí*.

–¿Dónde?

–Abajo –matizó Renata.

–¿Qué?

–El culo –dijo Marcelo, y sopló la boquilla–. El culo.

–Sí –dijo Renata–. Se lo limpiamos nosotros.

Marcelo carraspeó.

–Casi siempre yo.

–Las toallitas están en el segundo cajón de la izquierda del bajo lavabo.

–¿Qué? –preguntó el hijo de Eloy.

–Del mueble que está *debajo* del lavabo –dijo Marcelo.

–¿Lo has entendido bien, chico? –preguntó Renata.

El hijo de Eloy asintió.

–Le cambias el agua y le pones



un poco de comida –prosiguió Renata con la mano todavía en el hombro del chico.

–Cincuenta gramos –dijo Marcelo–. Está marcado en el bote.

–Le gusta mucho comer, pero no le pongas demasiada.

–Cincuenta gramos.

–Escúchame –dijo Renata. Tomó la cara del hijo de Eloy y se la volvió para que la mirara y no se distrajera con su marido–. Le abres el balcón para que salga y le dé un poquito el aire. Le gusta ver los pájaros y si hace sol se tumba un rato.

–Si le llenas el bote –dijo Marcelo– se lo comerá todo, cagará más y tendrás más mierda que recoger. Además, se pondrá todavía más gordo de lo que ya está.

–A veces se come algunas hojas de la cinta.

–¿De qué cinta? –preguntó el hijo de Eloy.

–Es una planta –dijo Marcelo–

. Si lo hace, ten cuidado de que no vomite encima de la alfombra o de nuestro colchón.

–No le hagas caso.

–Lo ha hecho muchas veces. Y limpiar el colchón y las sábanas nos cuesta sesenta euros.

–No lo hace con mala intención.

–Claro –dijo Marcelo–. Es un *gato*.

–No le escuches. Mírame, chico –dijo Renata–. Casi siempre vomita en el balcón. Si pasa, coges el trapo que hay en el tendedero y luego lo lavas en la bañera.

–Y luego echas lejía –dijo Marcelo. Se levantó, tomó la chaqueta que había en el respaldo de una silla, se la puso y le dio un golpecito en la espalda al hijo de Eloy. Guardó la pipa en un bolsillo interior, mientras preguntaba–: ¿Lo has entendido?

El hijo de Eloy asintió.

Entonces Marcelo dio dos pasos, tomó una de las maletas, la más grande, y sonriendo plantado delante de la puerta, añadió:

–Entonces, querida, ¿nos vamos?

Marcelo estaba en su despacho, en la parte de atrás de la joyería. En aquel mes en que había estado fuera se le había acumulado el trabajo. La pila de facturas y albaranes casi llegaba al techo. Tenía, además, un montón de correo retrasado en la bandeja de entrada del ordenador y, sin em-

bargo, sonreía. Silbaba una canción mientras tecleaba y hacía sus cuentas. Eran las doce de la mañana cuando Eloy llamó a la puerta y entró.

—¿Qué tal fueron las vacaciones?

—Muy bien —dijo Marcelo.

Marcelo le señaló una de las sillas frente a su escritorio

—¿Quién hay fuera?

—Estefanía.

—¿Clientes?

—Ninguno.

—Entonces siéntate.

Marcelo estiró los brazos y bostezó.

—Te veo muy relajado.

—El hotel fue fabuloso y mi nieta es guapísima —dijo Marcelo—. Pesó casi cuatro kilos.

—Vaya.

—Sí.

—¿Y el resto de días?

—Descansamos, comimos mucho, bebimos lo que pudimos y conocimos muchos lugares. Renata estaba alegre como pocas veces. Y yo no tuve que soportar al gato.

—¿Entonces ya se acabó lo bueno?

Marcelo asintió, pero aquella sonrisa permanecía indeleble.

—No tanto. Nuestro gato... —dijo.

—¿Qué?

Marcelo se encogió de hombros.

—Se murió. Bueno, se mató. En realidad, fue un accidente.

Eloy se echó para atrás.

—¡No me digas!

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cómo?

—Se le volcó el zapatero encima.

—Vaya.

—No te preocupes. Se rascaba las uñas en la puerta y...

—Lo siento.

—No pasa nada.

—No lo sabía —dijo Eloy.

—Ya.

Eloy inspiró hondo y se rascó el meñique.

—¿Cuánto tiempo llevabais con él?

Marcelo se apoyó sobre la mesa.

—Demasiado. —Volvió a dejarse caer en la silla y reclinó el respaldo un poco hacia atrás—. No más vómito, no más *mierdecitas* ni *pelitos*. Eloy, he pasado por cuatro gatos y pronto cumpliré sesenta y tres. Me duele todo. Lo menos que puedo hacer cuando llego a casa es descansar y leer mientras me fumo una pipa tranquilo. Lo arañaba todo y a veces le daba por correr como un loco por toda la casa. Cuando uno estaba más tranquilo, se ponía a rascar el arenero o a maullar como un desquiciado y... —Los ojos de Marcelo habían empezado a abrirse. Por momentos notó que la tensión le subía. Decidió inspirar hondo—. Ya forma parte del pasado. No más gatos. Nunca más, te lo aseguro.

Eloy tenía un bolígrafo rojo

entre los dedos al que daba vueltas. Le dio unos golpecitos con el capuchón al borde de la mesa, se rascó otra vez el meñique y dijo:

–¿Y Renata?

–Lloró. Pero todo se supera.

–Vaya –dijo Eloy.

–Sí.

El timbre de la entrada sonó.

–Ve a ver quién es –dijo Marcelo.

Eloy se levantó, se puso el bolígrafo detrás de la oreja derecha y salió. Al rato, Eloy llamó otra vez a la puerta.

–Pasa.

La cabeza de Eloy asomó.

–Alguien pregunta por ti.

–¿Quién?

–Un chico. Un comercial de telefonía móvil.

Marcelo asintió.

–Que pase.

–¿De verdad?

–Sí.

Quando el comercial entró, Marcelo estaba limpiándose las gafas. Le dijo que cerrara la puerta y se sentara. Cuando terminó de limpiarlas, se las puso y se acercó a él. Le dio unas palmaditas en la espalda y se quedó parado a su lado. Metió la mano en el bolsillo trasero y le tendió un sobre.

–Ahí tienes.

–¿Cuánto? –dijo el comercial.

–Los cuatrocientos en billetes de veinte, como dijimos. Cuéntalo si quieres.

El otro abrió el sobre y pasó un dedo por encima. Marcelo rodeó la mesa y se volvió a sentar.

–No quiero que me cuentes nada –dijo–. Quédate callado un rato mientras yo trabajo. Cuando pasen diez minutos, te levantas, me das las gracias y te vas.

–Vale.

–He dicho que no digas nada.

–Bueno.

Marcelo tomó la calculadora y empezó a sumar. Escribió algo en el ordenador e imprimió unos papeles. En la pared, el reloj hacia tic-tac.

–¿Le puedo hacer una pregunta? –preguntó el comercial.

–No.

–¿Por qué le llamaron Chufy?

Marcelo se quitó las gafas y las puso encima del teclado. Se frotó el puente de la nariz.

–Porque a mi esposa le encanta la horchata. –Y añadió–. El gato era blanco y a ella se le ocurrió la idea.

–Vale –dijo el comercial, e hizo el gesto de cerrarse la boca con una llave invisible.

